



DIÁLOGO CUARTO.

DE LA TERCERA PUERTA POR DONDE SE ENTRA AL REINO
DE DIOS, QUE ES LA TRIBULACIÓN.

§ I.

MAESTRO. Seas bien venido, Deseoso: ¿qué semblante es ese tan melancólico y triste?

DISCÍPULO. Nunca faltan ocasiones para tristeza á los que son tan flacos é imperfectos como yo.

MAESTRO. Si frecuentemente ocupase tu memoria la pasión de Cristo, ninguna cosa se te ofrecería tan dura que no la llevases con mucha igualdad de corazón; porque, como dijo San Jerónimo, sana todas las amarguras del ánima la recordación dulce del que se

puso en la cruz por ella. Y San Agustín dice, que aunque más nos aprieten las aficciones de la vida presente, nos parecerá que sufrimos y padecemos poco, si traemos á la memoria cuanto bebió de ellas sobre la cruz el que desde allí nos convida y llama para su reino.

DISCÍPULO. Lo que más me afligió y quitó el sueño, y aun el sosiego y paz del corazón, fué una consideración que tuve de los trabajos que padecen los justos y amigos de Dios; porque no acababa de entender que lo fuesen suyos verdaderamente, y que los afligiese unas veces por sí, otras por los hombres, y lo que más admiración me pone, por los mismos demonios, como sabemos de Job y de San Pablo.

MAESTRO. Bien se me representó, luego que te ví triste, que te había cargado el humor melancólico. Ese error tuvieron los amigos de Job, y ese es el argumento de todo aquel famoso libro de cuarenta y dos capítulos, á donde el varón santo trata de persuadir á sus amigos que no le castigaba Dios por sus pecados; y ellos, por el contrario, que sólo esos despertan el furor divino y ponen á Dios en la mano el azote contra nosotros. Y al fin queda canonizada la persona de Job por el mismo Dios, que le alabó y dió por justo, y su doctrina aprobada como tan católica. Y

sería cosa temeraria decir que todos los Santos padecieron por sus pecados; lo cual prueba la respuesta de Cristo á sus Apóstoles, cuando le preguntaron á la puerta del templo si estar ciego aquel pobre que allí curó fué culpa de sus padres ó suya; que al fin dijo, que ni ellos ni él habían pecado. Y no quiso decir que estaban sin culpa, ó que nunca pecaron, que todos somos pecadores; y si dijéremos que no tenemos pecados, nos engañamos y hacemos á Dios mentiroso, que afirma lo contrario. Lo que dice es, que no tuvo ojo á los pecados del mancebo y de sus padres para cegarlos, sino á la gloria que á Cristo se le había de seguir curándole.

DISCÍPULO. ¿Luego gloria de Dios es que yo sufra y padezca trabajos de cualquiera manera que me vengan?

MAESTRO. Y prueba grande de la amistad que te tiene. Eso dijo San Bernardo: «Manifestóte Dios á tí su amor y benevolencia padeciendo: razón será que experimente la tuya en el sufrimiento y tolerancia de los males que te ofrece». ¿No le vencieron á Él tus pecados? No te venzan á tí sus azotes. ¿Sufrióte Él tanto tiempo? Súfrele tú por el poco que dura la tribulación. Acuérdate que está escrito: «Si posees amigo, en la tentación poséele; porque en todo tiempo ama el que de verdad

lo es». A Tobías le dijo el Angel: «Porque eras acepto á Dios, fué necesario que la tentación te probase, y conociesen los hombres esta aceptación por medio de tu paciencia»; que, como advirtió Santiago, tiene obra perfecta. Así tentó la obediencia de Abrahán con el riguroso precepto de sacrificarle su hijo. Así la de Job, entregándole al demonio para que le asentase la mano. Y de esta manera de tentaciones dijo Judit: «Debéis acordaros cómo nuestro padre Abrahán fué tentado, y por muchas tribulaciones probado alcanzó la amistad de Dios». Eso mismo podéis considerar de Isaac, Jacob, David y Moisés, y de todos los que fueron gratos á Su Majestad, los cuales pasaron por el crisol de las tribulaciones. Séneca dice, que la adversidad no es mal que daña al varón bueno, sino ejercicio de virtud, y la que nos retrae y aparta de todo mal.

§ II.

Solimo, entre las grandes maravillas del mundo, cuenta por muy notable ésta: «Que apenas se puede dar un hombre en quien no sean más las adversidades y trabajos que sufre, que las prosperidades que recibe». Y pone ejemplo en Julio César, de quien se lee que

fué tan dichoso, que nunca deseó cosa en su vida que no la gozase á su voluntad; y con todo se hallan tantas incomodidades y desastres en el curso de ella, que sin mucha dificultad no se podrá hacer juicio cierto, si tuvo más de miseria que de felicidad. Pues ¿qué mucho que por Cristo se le mande sufrir mucho al cristiano, siendo el premio que se le promete tan aventajado, y teniendo á Dios en el trabajo el primero, y oyendo de su boca: «El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame?» San Basilio dice que no se debe tener por muy amigo de Cristo el que sólo padeció trabajos alegremente por Cristo, sino el que para gloria suya apeteció y deseó sufrir muerte cruel y afrentosa con todo su afecto y voluntad. Alejandro de Hales dice «que en el estado en que ahora está la humana naturaleza, conviene á saber, de caídas y de culpas, mucho más aprovecha por las adversidades, que por las prosperidades». Y San Agustín afirma «que es mucho mejor que nos duela el azote, que el pecado nos deleite». Y en otra parte: «en la hornaza ó crisol la paja arde, mas el oro se purifica; aquélla se convierte en ceniza, y éste queda sin escoria y limpio». El mundo es hornaza, los malos paja, los justos oro, el fuego la tribulación, el artífice Dios; lo que el

artífice quiere, eso hago yo; á donde me pone allí estoy, y sufro con paciencia. Á mi cuenta está el sufrir, y á la del artífice purificarme. Si la paja ardiera para quemarme, ella recibe el daño y yo el provecho; porque ella se consume y yo quedo purificado y sin escoria. Al fin lo que es el trillo al grano, la hornaza al oro y la lima al hierro, eso es la tribulación al justo. Ésta despierta al perezoso y lerdo en la virtud, humilla al soberbio, purga al penitente y corona al inocente. Yo digo que azota Dios á sus amigos muchas veces, porque su azote maravillosamente aumenta en ellos la gracia, las virtudes, los méritos y los premios. Es la tribulación ama que cría la humildad, maestra de la penitencia, granjeadora de la felicidad eterna: es la que quita la escoria de los pecados, la que da abundancia y plenitud de gracia, y el crecimiento de todas las virtudes: es la que engorda el alma y la fertiliza, como el rocío de la mañana á las rosas y azucenas. Por tanto, hijo Deseoso, entiende que es dón escogido de Dios, vara amorosa, castigo paternal, que comunica sabiduría, que nos hace circunspectos y nos acarrea grandes experiencias. Pero advierte, como dice Orígenes, que el sufrimiento de todos los males carece de celestial premio, si le falta la perfecta paciencia. Por lo cual se escribe: «En vuestra

paciencia poseeréis vuestras almas; porque de allí se hace fuerte el hombre contra todas las adversidades; de donde venciendo á sí mismo, se hace señor de ellas». Y no sé qué más te diga para consolarte, sino lo que San Pablo: «Azota el Señor á todo hijo que recibe en su casa y servicio». Apercíbete, pues, según esto, para ser azotado con Cristo, ó no trates de ser recibido en su casa; porque si fueres excluído de los azotes, también lo serás del número de sus hijos. Azotó al suyo, único y querido, que no merecía azotes; y para que los pudiese sufrir lo vistió de carne; ¿ha de quedarse sin ellos el adoptivo?

§ III.

Muy bien dice Gregorio, que no sabe qué no debe padecer y sufrir por Dios el hombre, habiendo sufrido y padecido Dios tanto por él. No despidas de tí el azote, si no quieres ser privado de la herencia de tu padre; ni mires la pena que es ser azotado, sino el lugar que tienes en el testamento de tu Dios. San Pedro Crisólogo dice: «Cuando el hombre obra bien y sufre males, confie que sin duda será contado entre los hijos del Señor; porque no puede ser que participe de sus padecimientos y que sea excluído de su gloria».

DISCÍPULO. Yo me doy por consolado y

desengañado con lo hasta ahora dicho, y así podrás estar á lo prometido, y tratar, como sueles, magistralmente, de esta tercera entrada del reino de Dios, que se labra á puros golpes; como nos lo canta la Iglesia en el himno de la Dedicación del templo.

MAESTRO. Tres maneras de cruces suele Dios poner sobre los hombros de sus escogidos. Una en los principios de sus conversiones, otra cuando van aprovechando, y la última en lo más florido de la vida espiritual. Comenzarás á servir á Dios, y ocurrirte ha luego, en el principio, una más que civil batalla contra todos tus malos afectos y acostumbrados deleites y codicias, á que natural ó viciosamente eres inclinado, los cuales todos has de mortificar y desamparar, para que te sea de provecho el ejercicio de la oración, y salgas con lo que deseas y pretendes, que es perfección de vida. Esto bien se deja entender que ha de ser molesto, y grave, y dificultoso, especialmente que es lance forzoso haberte de ser amargas y desabridas todas aquellas cosas que te fueron de gusto y deleite ántes de tu conversión. Y el aborrecimiento al pecado ha de ser medido al contento con que se comió; lo cual trae anejo á sí mucho trabajo, y es cruz pesada y enfadosa, como largamente queda probado en el segundo de estos Diálo-

gos. La segunda cruz envía Dios de su mano y corre con ella todos los estados; porque nadie en el mundo, aunque muy amigo, deja de ser probado y tentado con adversidades, dolores y angustias de cuerpo ó de alma. Y si se sufre todo con igualdad de corazón, y se recibe con aquellas entrañas con que el misericordioso Señor lo envía, sin ninguna duda es de grande excelencia y de provecho increíble. ¿Duélete la cabeza? ¿Padeces frío, calor, hambre ó sed? ¿Dícete malas palabras y dánte ocasión para entristecerte de muchas maneras? Pues ten por cierto que todo eso lo tenía Dios previsto *ab æterno*, y así lo pensó y lo quiso y tuvo consejo sobre ello: midiólo, contólo y pesólo, para que de esa manera, y no de otra, sucediese. Y ahora te suceda mereciéndolo ó estando sin culpa, justa ó injustamente, ó por ventura por tu negligencia; siempre has de pensar que viene ordenado por Dios; y sufriendolo con paciencia, dále gracias; porque quiere que su divino y eterno consejo se cumpla en tí en ese punto.

DISCÍPULO. Algunas veces, vistas las tribulaciones que padecen los justos, pienso que armó Dios todas las criaturas y las puso en guerra perpetua contra los hombres: los elementos, los planetas, las bestias, el granizo, la nieve, el calor, las destemplanzas del aire,

las pestilencias, las mortandades, las guerras, la carestía de mantenimientos y otra infinidad de cosas á este tono.

MAESTRO. Razón tienes, y es muy bueno ese pensamiento, porque te doy palabra de que ningún Apeles puso tanta diligencia en perfeccionar con varios matices y colores mi dibujo, que desease sacar con gran primor, cuanta pone Dios en pintar al hombre, que es imagen suya, con diversas tribulaciones, para que aligerada y humillada su ánima, se junte á él y sumamente le agrade.

DISCÍPULO. Algunos tengo vistos, que no contentos con la cruz que Dios les envía, ellos por su cabeza y propia voluntad se procuran otras intolerables, no de hombres de razón, sino de jumentos, que carecen de ella; porque se ejercitan en abstinencias immoderadas, meditaciones importunas y en otros rigores y asperezas, en daño notable de la salud; con las cuales cosas de tal manera se embelesan y se pasman, que es necesario esperarles Dios algún tiempo que acaben sus tareas.

MAESTRO. El mayor mal de todos estos es, que cuando quiere Su Majestad obrar en ellos, la naturaleza está estragada, caída y sin fuerzas para seguirle. Y si acaso les sobrevienen tentaciones graves, no tienen ánimo ni virtud para resistirlas.

§ IV.

Por lo cual sería buen consejo acudir á la mortificación de los malos afectos, más que á rigores demasiados, con propiedad tomados y sin consejo; porque, como dijo el Apóstol, «el ejercicio corporal para poco es util; mas la piedad vale para todas las cosas».

DISCÍPULO. Muchas veces he oído alegarse dicho de San Pablo, y como no le entiendo bien, cáusame alguna manera de turbación, porque parece condenar las obras penales, y aún creo que por la misma razón de ignorancia tomaron algunos herejes ocasión de destruir la penitencia. Recibiré particular regalo en que me digas el verdadero y legítimo sentido de esas palabras, para desengaño mío y de muchos, que podrían reparar en ellas como yo.

MAESTRO. Pláceme de hacer lo que pides, que bien sé que hay hartos engañados sobre este particular: unos que todo su negocio ponen en los ejercicios espirituales, sin hacer caso alguno de los corporales; otros, que de todo en todo se ocupan en éstos, olvidados de aquéllos. El santo Obispo Timoteo, que es con quien habla aquí San Pablo, era hombre muy riguroso con su persona; tanto, que para ha-

cerle beber un poco de vino, fué necesario que se lo mandara su maestro; el cual, deseando hacerle solícito de las cosas que tocan á la piedad, que pocas veces lo son los demasiadamente rigurosos consigo, pues quien á sí mismo no perdona con dificultad perdona á sus prójimos y súbditos, dice estas palabras: «Ejercítate en la piedad, que, como nota la glosa en este lugar, significa culto de Dios y obras de misericordia en los prójimos»; y dándole la razón de este mandamiento, añade: «Porque el ejercicio corporal para poco es util, mas la piedad lo es para todas las cosas». El ayuno, el cilicio, el desierto, etc., de su naturaleza no son más que obras penales; y lo que tienen de bueno es por el fin y por razón del estado; que si el hombre no pecara, no eran para el dicho fin necesarias. Son medios medicinales, que nos preservan del pecado después del pecado; ó nos ayudan á ganjear la salud que nos quitó el pecado. Son como el ruibarbo, que si estáis bueno, no es bueno para vos; pero en la enfermedad es bueno y necesario para libraros de la cólera, que os quita la salud. Este es el poquito de bien que tienen los ejercicios corporales, conviene á saber, tener á raya nuestras concupiscencias y carnales deseos. Oigamos al mismo Apóstol, que hablando de sí, decía á los de Corinto: «Castigo

mi cuerpo y téngolo sujeto como á un esclavo; porque predicando yo penitencia á los otros, no quede reprobado». Santo Tomás advirtió divinamente que estas penitencias exteriores sirven más de medicina contra los pecados de la carne, que contra los del espíritu; porque muchas veces vemos que en estos grandes penitentes reina la cólera, la ira, el poco sufrimiento y los juicios temerarios contra los que llevan vida algo más moderada, aunque más espiritual y más agradable á Dios que la suya, tan sujeta al viento de la vanidad. Al fin en lo corporal se sufren quiebras, y á tiempos se pueden interrumpir ó dejar; pero la piedad ha de ser continuada, como dijo San Pedro, porque vale para todas las cosas.

DISCÍPULO. Grandemente me han satisfecho tus razones, y de hoy en adelante sabré pesar las cosas y estimarlas en lo que son; y podrás, si quieres, volver á la materia de cruz ó tribulación, que por la mano de Dios nos viene, pues esa es, sin duda, la más provechosa y la que se puede tomar sin sospecha de que en ella peligrará el alma.

MAESTRO. Por cierto, si los hombres se dejasen crucificar por manos ajenas, sufriendo con paciencia y mansedumbre cualesquiera afrentas y dolores, estando contra sí y por

la parte del Señor, de quien esto les viene, más agradarían á Su Majestad y mayor servicio le harían, que si despedazasen sus carnes á puros azotes; y más; quiero que entiendas en aquella palabra de Cristo que dice: «Tome su cruz», que no te da licencia para que tú te ordenes y labres por tu cabeza la cruz, sino para que tomes la tuya, esto es, la que de su mano te viniere. Tampoco dice que tomes su cruz, porque esa quiere fuerzas más que de hombre: la tuya has de tomar, labrada por Dios como para hombre, que no ha menester hombros de gigante, sino pecho enamorado y aficionado á su servicio. Acuérdate que está escrito, que no pesa Dios carne, sino espíritu; ni se le da nada de rigores, sino de amores. Donde hay espíritu hay libertad, como dijo el Apóstol, no de ley, sino de carga y pesadumbre: que ni sentirás el ayuno, ni las vigiliass, ni los azotes, ni los demas trabajos que por su amor tomares, ó Él te enviare por sí ó por sus criaturas, si tienes espíritu. Éste pesa y éste estima, y conforme á éste dispone Su Majestad la cruz que quiere que llevemos, y por él mide en nuestro provecho la tentación. La cruz más amarga que todas suele dar Dios á sus amigos muy en sana paz, como dice San Bernardo, cuando habían de gozar de los abrazos del esposo, al parecer humano. Levántanse á ve-

ces tentaciones tan espantosas y de tanto horror, aprietos y oscuridades de entendimiento, que el miserable hombre, interiormente apretado y congojado, casi con desesperación no sabe á dónde volver la cabeza, ni espera más que la muerte, ó una locura cierta. De esto no diré aquí más, porque en la segunda parte de los *Triunfos del amor*, tratando del desamparo y calamidad interior, dije cosas muy notables, que podrás ver con aprovechamiento, por ser tan ordinario en las personas espirituales este trabajo, y tan necesario el conocimiento de su remedio. Sólo quiero que entiendas al presente, que toda tribulación, ora la recibas de tu voluntad, ora te sobrevenga sin ella, si hicieres de la necesidad virtud, quiero decir, si te dejares á la voluntad y ordenación de Dios y gustando de tu trabajo, porque él gusta que le padezcas, te ofrecieras así atribulado á Su Majestad, juntando y uniendo tu cruz con la suya para su gloria; ten por cierto, que le eres más grato en esta ofrenda, que en otra cualquiera que exteriormente le ofrecieses. Porque de más fruto es, y para nuestro espíritu de más regalo y consuelo, padecer algo en la resignación de sí mismo, que obrar en tal caso grandes cosas; porque allí nuestra naturaleza viciosa profundamente es humillada y acoceada, y nuestro espíritu

más altamente ensalzado. Y si vivieses cien años y postrado por tierra con humildad profundísima adorases á Dios, no le pagarías la merced que te hace cuando te envía de su mano alguna pequeña tribulación; y sin ninguna duda le quedas tú más obligado porque te la envió, que El á tí porque con paciencia la sufriste. Y no hay que gastar más tiempo en esto, pues nos consta que todos los santos y amigos de Dios bebieron de este cáliz con alegría y dieron y dan testimonio de que ningún veneno ni rejalgas hay en él, sino la salud verdadera y el regalo del alma. ¡Con qué contento derramaron su sangre los mártires! ¡Con qué gusto sufrieron injurias, deshonras y afrentas! ¡Con qué rigor trataron sus cuerpos, aunque eran hombres cercados de enfermedades y carne como nosotros!

§ V.

DISCÍPULO. Harto para sentir y llorar es, por cierto, ver lo que los santos hicieron y sufrieron, y lo poco ó nada que nosotros hacemos y sufrimos. No hay quien pueda con una palabra algo dura y de disgusto, ni quien se esfuerce á padecer, áun cosas muy pequeñas, por Cristo. Debe consistir mucha parte de esto en los ruines sujetos que hay ahora,

y en los tiempos , tan otros de los pasados. Que antiguamente con cinco higos ó dátiles se sustentaban los siervos de Dios, y con raíces de yerbas vivían cien años en los desiertos. Ahora somos flaquísimos y de cortas vidas, y los mantenimientos de muy poco sustento y virtud; y al fin el mundo se va llegando á la vejez y le ha de faltar el calor de la viva fe; que áun allá dijo Cristo: «¿Pensáis que cuando venga el Hijo del Hombre habrá fe sobre la tierra?»

MAESTRO. A muchos he oído esa razón tuya, y áun leídola en un moderno de no pequeña autoridad; y ¡ojalá él no tuviera tanta, que no se le diera ningún crédito en el particular! Pero yo creo que mi razón deshará tu opinión y la suya. Bien habrás leído lo que el Apóstol San Pablo escribe á los Hebreos: «Acordáos, dice, de vuestros Prelados y Padres antiguos, los cuales os predicaron y enseñaron el Evangelio, y mirad el fin que tuvo su conversación, cómo conversaron y vivieron, y cómo acabaron. ¿Y esto para qué? Para que imitéis su fe, conviene á saber, la que tuvieron con Cristo, por quien sufrieron tantos trabajos y padecieron tantas tribulaciones, y perdieron las vidas». Pregunto yo ahora: ¿Sería bueno que tales obras como esas las atribuyésemos á la calidad de los sujetos, ó á la diversidad de los

tiempos, ó á la mucha ó poca virtud de los manjares? No, por cierto; porque dice el Señor: «Sin mí ninguna cosa podéis hacer»; conviene á saber, meritoria y digna de la vida eterna. No se olvidó el Apóstol del fundamento de toda buena obra, porque luego que nos mandó imitar las de los santos, añadió: *Jesus Christus heri et hodie, ipse et in sæcula*; Jesucristo ayer y hoy y el mismo en los siglos; quiere decir, que por la virtud de Jesucristo y con el favor de su gracia, hicieron los santos lo que hicieron y hacemos nosotros, y han de hacer los que nos siguieren todo lo que fuere digno de Dios. De manera que, según esto, es engaño muy grande decir que en las cosas naturales estuviese el aventajarse los Santos pasados á los que ahora vivimos, ó que falte en Dios, que entonces les favorecía, el poder ni el querer, para nosotros, que tuvo para ellos. Verdad es que el mundo está ya en lo último y allegado á la decrepitud; porque aun en materia de virtud se hallan en él cien mil novedades y disparates nunca vistos, y en materia de pecados no tienen número las invenciones que cada día salen, como diremos adelante, ni hay teólogos que agoten sus dificultades; y así me persuado que los Santos de la fama, los Generales y Capitanes del pueblo cristiano y los de la Mesa redonda, ya

pasaron; y que la gente que ahora se hace para el cielo es de á pié, gente menuda, gente afeminada y de melcocha, que ni un capirote saben sufrir por Dios. Todos hemos dado en ser galenistas, y filósofos, y procuradores solícitos de la salud corporal, y vivimos con cien mil reglas de prudencia, acerca del sueño, que sea de siete horas; de la comida, que sea buena y regalada; de la cama, que no sea dura, para que descansa el cuerpo; del rato de conversación, porque no nos opilemos; de la visita, porque no parezcamos salvajes; de la urbanidad y término cortesano, porque no seamos enfadosos al mundo. Al fin, la virtud, en estos desdichados tiempos, no tiene sino la armadura ó esqueleto; que lo demas, casi todo es prudencia de carne, enemiga de Dios.

§ VI.

DISCÍPULO. Parece que has tomado un poco de cólera diciendo eso.

MAESTRO. ¿Pues no quieres que se me encienda el corazón y que el alma se me afloje viendo tan en su punto la hipocresía y santidad falsa, y la verdadera tan por el suelo? Yo te prometo que si llegara San Pedro á muchos que parecemos sepulcros de Cristo, que hallara las mortajas y ligaduras, pero que no

le hallara á Él en nosotros; porque nos pagamos ya de solos los hábitos y ceremonias de virtuosos, estando muy lejos de nuestros corazones Cristo y su virtud. Por eso te digo tanto de su Cruz y de lo mucho que importa el llevarla con gusto, por ver si te aficionabas á ella; porque no está el ser gran Santo en hacer grandes cosas, sino en padecerlas con igualdad de corazón por Cristo. Es tan excelente dón de Dios la tribulación, que no suele Su Majestad enviarla sino á sus escogidos; porque por ella les abre el camino para la felicidad eterna. Y cuando el hombre se mira á sí y á sus cosas más que la honra y gloria del Señor, y comienza, dejado el Criador, á convertirse á las criaturas, con deleite y gusto propios, con peligro de caer en gravísimas tentaciones y de perecer en ellas para siempre, suele Su Majestad en estas ocasiones ejercitarle en grandes trabajos y tribulaciones, para que, ocupado con la representación de ellas, se olvide de los tales vicios y deleites, y, vuelto á Dios con humildad, le pida su ayuda y favores, y por aquí acabe de conocer su fragilidad y miseria. Por tanto, no pienses que haces mucho cuando sufres una pequeña tentación y trabajos, sino da gracias de todo corazón á Dios, que, aunque indigno, te estima en tanto, que te hace merced de sus nobilísi-

mos dones, que son las tribulaciones, por medio de las cuales nos hace idóneos y nos dispone para la posesión de los sobrenaturales bienes. Pues si siendo reprendido, escarnecido, tenido en poco y lastimado con injurias, ó con alguna otra adversidad apretado, lo sufres con entereza de ánimo, no respondiendo á tus perseguidores ni excusándote, aunque las injurias sean notables; y si ni te quejas, ni te vengas, ni desees consuelos exteriores, antes, vuelto en tí, huyes luego á Dios, ofreciéndole esas injurias y aflicciones, y á tí mismo de todo en todo en ellas, y de esta manera resignado permaneces contigo mismo, ten por muy cierto que eres tanto más grato á Dios que en ningún otro ejercicio del mundo, y que te concederá sin tardanza, si para tu salud y bien espiritual fuese conveniente, todo cuanto con humildad le pidieres. Los ángeles te mirarán y respetarán, y Dios, por la voluntad así mortificada y negada, te levantará á la libertad de los hijos suyos. Mas ¡ay! ¡qué poquitos se hallarán de estos en el mundo!

DISCÍPULO. De esos pocos deseo yo ser uno.

MAESTRO. Bienaventurado el que mereció llegar á tan dichoso estado, que cuantas más y mayores consolaciones recibe de Dios y de sus criaturas, tanto se tiene por más inútil y más indigno; porque cuanto él más se envile-

ce y es ménos á sus ojos, tanto á los de Dios es más honrado y más glorioso y de mayor estimación que todos los reyes y príncipes del mundo. Y manda el Señor á sus criaturas, que todas hagan honra á este su siervo y amigo humilde. ¡Oh, cuántos desean llegar á Dios y lo procuran, y por falta de arte nunca llegan!

DISCÍPULO. Díme, padre, qué arte es ese, porque le deseo como el vivir.

MAESTRO. Sufrir con humildad todas las cosas adversas que Dios quisiere enviarte es arte de artes y ciencia de ciencias. Y aquel tengo yo por hombre de vida perfectísima, que siendo desamparado de Dios y del mundo y dejado sin alguna consolación, lo sufre con paciencia y se entrega todo á Dios; y si en este estado constantemente persevera y canta alabanzas á su Criador, aunque las tales alabanzas sean pequeñas, salidas de ánimo así afligido y atribulado, más gratas le serán que las que con ánimo quieto y sin pesadumbre le cantan los ángeles en el cielo; porque, bien considerado, este es un género de martirio que, aun cuando el cuchillo del perseguidor no nos toca, el de la tribulación nos atraviesa el alma. Muchos vemos cada día que hacen grandes obras exteriores, que velan las noches enteras en oración, que ayunan ri-

gorosos y espantosos ayunos, que se ocupan en asistir enfermos y curar leprosos, y en otros ejercicios á este tenor. Pero díme: ¿cuántos habrás visto que con ánimo quieto y sin perturbación sufran las injurias y desprecios de sus personas? Creo, cierto, que entre mil de estos grandiosos y de pendón se hallará uno que esto haga. ¿Y dirasme por qué? Porque todos estos andan hinchados con una pomposa arrogancia; son grandes á sus ojos y están llenos de sí mismos. Y si me dicen que guardan limpieza en sus cuerpos, yo les digo que sirve eso de muy poco, si los corazones andan ocupados con arrogancia, envidia y ponzoñasas murmuraciones contra sus hermanos, é inficionados con el estiércol de vicios semejantes.

§ VII.

Preciosa cosa es la castidad del cuerpo; pero de nada te servirá si el templo de Dios, que es tu corazón, está sucio con el amor de las criaturas y de sí mismo. Mejor me parece, decía San Bernardo, el hombre paciente, que el que de fuera hace ostentación de obras magníficas; que consumiendo sus carnes con ayunos de pan y agua, y azotándose cada día con cadenas de hierro, aún está sujeto al furor

y locura de la impaciencia. Mejor es el que con alegría habla á los que con aspereza de palabras le injurian, que el que arrebatándose cada día en mentales excesos, cuando la tribulación llega, falta en ella. Y al fin, tengo por mejor la virtud de la paciencia, que la de resucitar muertos. Mas es señal de que tienes á Dios por enemigo, si, cayendo en pecados, no te azotare y corrigiere con el azote de las tribulaciones; porque el perdonarte en el presente siglo es para castigarte en el futuro. Concluyo con lo que dice San Jerónimo: «Gran maravilla es que las piedras que huelan todos los que han de condenarse, no se conviertan en rosas, para alivio y solaz de aquellos males que sufrirán en el infierno; pero mucho más es de maravillar que todas las piedras que pisan los escogidos no se vuelvan espinas, y de los piés á la cabeza les lastimen, por los pecados cometidos y por la gloria de que han de gozar por trabajo tan momentáneo y ligero».

DISCÍPULO. Muy conforme al Evangelio has andado en materia de tribulaciones, porque el mejor vino guardaste para el fin. Y porque parece que basta esto, tratado en común para todos; lo que encarecidamente te pido es, que me digas algo en particular de las tribulaciones interiores y de las causas por